

EL SECRETO DE LOS CASALDUERO

RUBÉN BENÍTEZ
University of California
Los Angeles

Las historias genealógicas en España se han limitado generalmente al estudio de las dinastías reales o de la nobleza heredada o adquirida. Baste mencionar, como un valioso ejemplo de ese tipo de genealogías nobiliarias, el libro de Martí de Riquer, *Quinze Generations D'una Família Catalana* (1979; 2.^a edición, 1998), obra que presenta, junto con la detallada historia de Cataluña desde 1429 hasta 1888, la fina reconstrucción artística de la vida política y social de esos siglos. La preferencia por ese tipo de estudios genealógicos se justifica plenamente en países monárquicos, ya que en ellos reyes y nobles siguen determinando de algún modo los cauces de la vida nacional. En países republicanos, en cambio, como ocurre en Francia y los Estados Unidos, han surgido en las últimas décadas un número considerable de estudios sobre familias del estado llano integradas por intelectuales, políticos, comerciantes o industriales, que de algún modo han dejado una huella en la historia de esos países.

El libro que nos ocupa hoy ¹ es un brillante exponente de las genealogías no nobiliarias. Aunque alguno de los Casalduero obtiene, al casarse con una descendiente de nobles, títulos y ejecutorias que se remontan al siglo XVI, los Casalduero estudiados en el libro provienen de un origen más modesto y se destacan como escritores, políticos, magistrados, militares y, sobre todo, comerciantes. Una diferencia notable entre los estudios nobiliarios y los de este tipo estriba en la mayor o menor dificultad de acceso a la documentación. Las familias de nobles conservan como reliquias los papeles que dan realce a su linaje; las familias comunes suelen hacer desaparecer, sobre todo en España, por miedo a las inquisiciones, todo documento que ponga en duda la pureza de la sangre, la ortodoxia religiosa o la conducta moral de algún miembro de la familia.

¹ Joaquín Gimeno Casalduero, *El secreto de los Casalduero*. Murcia: Real Academia Alfonso X El Sabio, 2006.

Afortunadamente, el autor de este libro no silencia las dificultades que él y su colaboradora, Rosalie Gimeno, han tenido que superar para obtener, en repertorios genealógicos, archivos eclesiásticos y oficinas civiles, toda la rica documentación utilizada. Por el contrario, el relato de las peripecias y obstáculos de la investigación forma el armazón de la trama y confiere a la narración una tensión dramática que nos hace participar como lectores de las frustraciones de las búsquedas y las alegrías de los hallazgos. Contribuye a la creación de cierto suspense, el hecho de que la historia se cuente en dirección inversa a la acostumbrada, es decir, del presente al pasado, de la claridad moderna de la estirpe al oscuro, misterioso y silenciado origen familiar.

En el nivel histórico del relato, sorprende la poco conocida información que se nos proporciona sobre la vida política del siglo diecinueve, sobre todo de los años en que Francisco Casaldueiro Conte, demócrata, actúa en el Parlamento. Sobrecoge al lector la desgarradora descripción, basada en el análisis de los *Diarios de Sesiones*, de la sesión de las Cortes de 1874, interrumpida por militares armados, hecho que hace presentir ya el doloroso futuro de España con el derrumbe del ideal democrático entre el estruendo de los gritos y la metralla.

Más adelante en el libro y más atrás en la historia, nos sorprenden también las noticias, desarrolladas en todo un capítulo, sobre los asentamientos de armenios en Coy (Murcia) y en Cádiz en el siglo XVII. El profesor de mi Universidad, Peter Cowe, especialista en la historia de los armenios, me confirmó personalmente la novedad de los hallazgos de Gimeno, ya que poco se sabe sobre el temprano éxodo de armenios a la Europa occidental. Como los Casaldueiro de Cádiz se entroncan con armenios en el siglo XVIII, las vicisitudes de la familia van unidas a la suerte de esos inmigrantes. Los Casaldueiro se dedican ahora al comercio, y el autor nos proporciona una documentada historia sobre el surgimiento en Cádiz de una poderosa burguesía comercial integrada en gran parte por armenios. A medida que avanzamos hacia el pasado, el autor del libro, identificado con esas lejanas raíces asiáticas, pierde la objetividad del historiador; y con ello el libro gana interés; no es “la historia” lo que el autor cuenta ahora; es “su historia”. Gimeno colora entonces los hechos con reflexiones si es necesario, pero, sobre todo con la emoción de quien, un poco atónito, descubre una nueva identidad. Compartimos con él su compasión por los hechos dolorosos, su indignación por las injusticias y las discriminaciones raciales o religiosas, y hasta su humor en la comprobación de ciertas pequeñeces humanas.

Ya estamos fuera de la historia. Las “sagas” de familias de clase media, de obreros, de proletarios, han sido también materia novelística para los realistas y naturalistas del siglo XIX. No es extraño pues que en el libro se entrecrucen

ahora las técnicas de la investigación histórica con las de la narración novelesca. Ello es evidente, sobre todo, en la minuciosa descripción física y psicológica de los personajes, seres de existencia real, como lo prueban los documentos, pero que requieren para volver a vivir un nuevo soplo creador. El autor del libro nos da un indicio del modo en que revive al personaje histórico, cuando, al referirse al testamento de Raimundo Marín Alfocea, dice que ese antepasado “me cuenta también su propia historia refiriéndome sus sentimientos y haciendo brotar los míos al relatar los suyos” (p.135). Con los Alfocea, las ramas del árbol familiar se tuercen en otra dirección. La vida del honesto don Raimundo transcurre, como la de un personaje de Galdós o de Dickens, entre ejecutorias, pleitos y papeles legales. El gallego Andrés Casaldoeiro y su mujer Gertrudis constituyen una pareja galdosiana de seres humildes, trabajadores, ahorrativos, que sienten “saudades” por la tierra natal. De ellos se conoce todo, hasta su ropa y los muebles de su casa. Gertrudis, muy orgullosa de sus raíces armenias, enlaza, según dice el autor, el pasado con el futuro. Es una mujer vivísima, fuerte, imaginativa, y hasta creadora de un apellido nuevo.

Con ella empiezan las mujeres a cobrar vida en la historia familiar. A través de ellas, ingresan en la sangre de los Casalduero caudales muy extraños. Y aparece entonces el secreto con cuya develación culmina el libro. En 1774, una anciana, María Victoria, borronea con la complicidad del empleado parroquial, en el acta de su propio matrimonio, tres palabras. Gimeno confiesa su desfallecimiento por no poder descifrar lo que esas palabras significaban. Tiempo después, una persona familiarizada con el archivo trae a su mesa de trabajo un legajo con el documento original, no tachado todavía. Advierte entonces que las palabras obliteradas calificaban a Francisca de la Encarnación, madre de María Victoria, como mujer “de nación turca libre”. Se trataba pues de una esclava turca, quizá musulmana, vendida a un comerciante gaditano, convertida al cristianismo y luego liberada por su amo. La hija de María Victoria, Gertrudis, termina por borrar las huellas del origen familiar, inventando un nuevo apellido paterno, “Guienes”, que sus vástagos usaron sin problema.

Joaquín Gimeno Casalduero es uno de los últimos descendientes de esa esclava turca; uno de los últimos eslabones de la familia, como dice Francisco Javier Díez de Revenga en el Prólogo, donde completa, con datos sobre su vida y obra, la imagen que en el libro el autor proyecta de sí mismo. Porque Gimeno también es personaje central de esa galería; es allí el investigador que busca, el familiar que reconoce, el historiador que analiza, el escritor que ordena, el poeta que recrea, que da cara, cuerpo, pensamiento, emociones, a seres muertos, rescatados de entre papeles jurídicos, legajos parroquiales y archivos familiares. Es además

un español valiente que da luz a un oscuro secreto, muy parecido al que tantos otros españoles, con sangre mora o judía en las venas, se han esforzado y se esfuerzan todavía en mantener en las sombras. Y hasta manifiesta Gimeno no sólo el orgullo de haber descubierto, por fin, el secreto de los Casalduero sino también por ser descendiente de una esclava: “Yo tenía que venerar su condición de esclava, como la condición de esclavo en el caso de Cervantes había sido venerada por su pueblo” (p.399).